

DISCURSO PRONUNCIADO EN LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y EDUCACIÓN CON MOTIVO DEL SESQUICENTENARIO DE NUESTRA INDEPENDENCIA, SEPTIEMBRE DE 1960

Parece que en las fiestas aniversarios los hombres y las sociedades se vieran como suspensos en un presente que se dilata, sin dejar de serlo, entre el pasado al cual se vuelve el alma añorante y el enigmático futuro donde se esconden nuestras posibilidades vitales. Propicias, son por eso, al íntimo recuento de experiencias y de alentadores logros, de fecundas empresas y sombríos abatimientos, de infaustos y venturosos sucesos; y propicias son, también, para proyectar sobre el horizonte las líneas de nuestro destino imaginando la forma de nuestra vida en el tiempo venidero.

Así, al conmemorar el sesquicentenario de nuestra independencia política procuramos adentrarnos en nuestra realidad histórica para saber, a través de una mejor comprensión de los que hemos sido, lo que auténticamente somos y lo que presumiblemente podemos llegar a ser: sólo ahondando en las ricas tradiciones culturales formadoras de nuestra personalidad nacional han de adquirir sentido relevante los actos y los hechos de nuestra evolución colectiva, y, con una conciencia clara de nosotros mismos, podremos continuar los grandes y pequeños trabajos de todos los días con los cuales se construye la patria.

Porque al modo de la libertad que es preciso, como pensaba Goethe, conquistar cada día, la patria se construye cada día. Viviendo en ella y por ella estamos, sin embargo, haciéndola con lo que hacemos, con los esfuerzos de nuestras mentes y de nuestras manos, con nuestros desvelos y cuidados alrededor de la obra en que nos empeñamos – cualquiera sea ella, siendo buena, puesto que no hay en el trabajo bien cumplido rangos de dignidad: en la escuela y en la fábrica, en la oficina y en el cuartel, en la tienda y en el taller, en el estadio, en el partido y en el gremio, en el campo y en la mina estamos haciéndola – haciendo a la patria - incluso con nuestros errores y nuestras discordias, que también los unos y las otras, contribuyen a definir nuestra fisonomía y a orientar nuestra marcha.

Nos corresponde vivir una época densa de penurias materiales y de incertidumbres morales, pero en cuya atmósfera se cruzan destellos de renovadores impulsos. Reconfortante tiene que ser, por lo mismo, revivir aquella otra época tensa y dramática, en que adquirimos nuestra soberanía por la visión y el denuedo de una generación heroica, cuyos hombres representativos reciben desde entonces – reiterado con inextinguible fervor – el homenaje de la posteridad justiciera. Ahí está nuestros próceres, siempre presentes – más en la conciencia del pueblo que en el bronce perdurable – para que no perdamos el rumbo cierto, ni flaquee en claudicante conformismo nuestro ánimo, viril. Más grandes a medida que el tiempo transcurre y la perspectiva se alarga, acentuando los valores esenciales de sus caracteres egregios.

Magníficamente redivivas vienen – en esta mañana que ennoblece de limpia alegría los corazones y las cosas – figuras y episodios de nuestra gesta emancipadora: la instalación de la Primera Junta de Gobierno, hombres y escenas de la Patria Vieja, los patrióticos afanes y la osadía creadora de

Carrera, Camilo Henríquez y Manuel de Salas, entusiastas promotores de ideas generosas, la carga temeraria y las banderas desgarradas de Rancagua, Manuel Rodríguez, reanimando en la inquieta noche de la Reconquista voluntades y esfuerzos, el Ejército de los Andes, Chacabuco y el abrazo fraternal de Maipú, y la estampa austera del General San Martín que comprometió para siempre el amor y la gratitud de Chile.

Y tantos, tantos otros, con sus imperecederos aportes de valor, de talento, de tesón, de infortunio. Pero, para nosotros, sobre todos ellos, destacando en medio de las luces y las sombras de la evocación emocionada, primero en el tropel de las batallas con su arrojo inigualable y luego en la construcción civil de la nueva República con sus iniciativas de progreso, el joven de ardiente espíritu que recibió de Miranda la iniciación revolucionaria, el que dejó en hora turbulenta, gallardo ejemplo de gobernante superior, el nostálgico labrador de Montalván, estoico en la soledad y en la pobreza, el proscrito en tierra del Perú que, siéndole muy querida, aumentaba en él la apatencia de la suya a la que solo habrían de retornar sus huesos, el Brigadier de los Ejércitos de la Patria, Supremo Director del Estado, don Bernardo O' Higgins, nuestro Padre que vive en la gloria.

Ellos cumplieron su misión. Había llegado para el Imperio español el término patético de su empresa histórica – la más grande de los tiempos modernos, épico despliegue de la voluntad humana – y sus provincias de ultramar debían tomar directamente la responsabilidad de su propio destino. Y lo hicieron en forma digna por entero de sus orígenes ilustres. Hubo independencia política, pero las fuerzas espirituales que desde la Conquista y a lo largo de la Colonia configuraron el carácter nacional siguieron operando y dieron la base en nuestro país, por especiales circunstancias, al Estado portaliano y a un severo régimen de derecho en el que los elementos de la tradición monárquica fueron conformándose, sin demasías violenta, de un modo paulatino, a las exigencias progresivas de las instituciones republicanas.

Dentro de un sistema regular de convivencia política, ha evolucionado desde un comienzo la nación chilena, ajustando sus leyes y sus costumbres a las más avanzadas formas del progreso social. Durante el siglo XIX pensadores como Lastarria sostuvieron y promovieron ideas de reforma, y tuvimos instituciones liberales cuando todavía en varios países de Europa subsistían los vestigios del "antiguo régimen". Por su parte apóstoles como Bilbao y precursores como Arcos se adelantaron entonces a las posibilidades de su época tratando de organizar a los trabajadores manuales en torno a consignas de generoso aunque vago idealismo social.

Hemos tenido, en seguida antes que otros países de la América Hispana, realizaciones sociales que reclaman el progreso moral y económico de la Humanidad. Un proletariado alerta, organizado y consciente, que actúa desde hace decenios en el primer plano nacional, les ha ido imponiendo con tranquila y creciente fuerza. Nuestro desarrollo orgánico, es decir, institucional, es tan avanzado como el de cualquier país de superior evolución. No necesitamos imitar. Tenemos nuestra propia esencia – en nuestro pueblo, en nuestra tradición y en nuestra tierra - los elementos de nuestra dignificación y de nuestra prosperidad, los elementos de nuestro destino.

De nuestro destino que se identifica en esta coyuntura de la Historia – como en la época de la Independencia que ahora evocamos – con el destino de todos los pueblos de la América Hispana. Renovemos de corazón y con el íntegro propósito de ser leales con nosotros mismos la solidaridad de entonces: la solidaridad de nuestros próceres que se confundieron en la trascendente empresa de la emancipación continental, la solidaridad de nuestras nacionalidades que son una sola en el espíritu de su cultura y en la verdad de su historia. Miremos con respeto y con orgullo hacia nuestro pasado, no para entregarnos a vana contemplación de sus glorias, sino para recoger en él nobles ejemplos que alienten nuestros esfuerzos de hoy para que el Chile de mañana sea próspero por el trabajo creador de sus hijos, digno por la justicia de sus instituciones libres, grande por su voluntad de paz para el bien de los hombres.